

**N**O cabe duda de que la Historia de España es una de las más dramáticas entre los pueblos que han ejercido un papel preponderante en el mundo occidental. El siglo XVI fue un siglo español desde el que pudo forjarse un gran destino; sin embargo, ese destino en vez de proyectarse hacia un futuro creador, fue interrumpido y emasculado a partir del tercer tercio de aquella centuria por el inmovilismo filipista abonado con la sordidez y el sectarismo de la nobleza y la Iglesia, ahitos de botines y pillajes a moros y judíos españoles. Desde entonces, los pueblos iberos sólo en contadas ocasiones han podido asomar siquiera la cabeza fuera del agujero en que se les forzó a vivir como topos. Lo cual supo ser aprovechado por las otras dos potencias europeas que habían sufrido las consecuencias de la furia española para tomar la iniciativa y despojarla paulatinamente de sus trofeos.

La culminación esperpéntica del concepto filipista llegó con el reinado de Carlos IV, en que España fue sometida a los designios napoleónicos hasta provocar la dolorosa sangría de su guerra de Independencia. Allí hizo su primera aparición el improvisado heroísmo popular capaz de lo imposible, como en la conquista de América, mientras las tropas francesas adoptaban con sus saqueos y destrucciones el papel de los caballeros y prelados de la Edad Media. Ese derroche de energía y valor fue una vez más sofrenado por el espíritu filipista encarnado esta vez en el Rey Fernando VII y su siniestra camarilla. Los españoles habían inventado la palabra liberal, pero no se les permitió poner en práctica su significado.

Los siglos XIX y XX son en España no sólo un período más de descomposición histórica, sino de contumaces represiones contra las ideas de libertad y progreso. En 1936, los españoles se adelantaron de nuevo a toda Europa —como hicieron al enfrentarse a Napoleón— al desafiar osadamente al fascismo rampante y a la técnica militar con otra sorprendente exhibición de heroísmo infructuoso. El fascismo los derrotó y se mantuvo en el poder durante cuarenta años. A los españoles no se les ha dejado ser europeos sino por ráfagas, y aun esto se vio siempre mediatizado por su herencia asiática-africana de veneración por un pasado inerte y desconfianza ante las diabólicas aportaciones del progreso.

Demostrado ha sido hasta por los hechos más recientes que el islamismo detuvo el reloj en los pueblos que lo profesan y que el filipismo sólo le sacó una ligera ventaja. En los escasos períodos liberales de la Historia de España, desde la malograda Constitución de 1810 a las

elecciones legislativas de 1979, pasando por la República de 1931, la presencia de la tradición hasta en sus gobernantes menos convencionales ha sido concluyente. Y cuando a los españoles se les da la oportunidad, en esa subterránea peripecia histórica, de salir a la superficie para impregnarse gozosamente de naturaleza, se conforman con asomar las narices como el 1 de marzo de 1979.

Las medidas más auténticamente populares emanadas de un Gobierno español fueron las de la República de 1931 y,

por último, amenazado aquél de nuevo con un frustrado golpe militar y tras una campaña electoral en que los dos partidos de la izquierda tradicional renunciaron a sus postulados más radicales, los electores de 1979 volvieron a repudiar a los residuos del franquismo —facilitarles el poder hubiera sido como tener a Frankenstein y Drácula de presidente y de ministro de Asuntos Exteriores—, pero volvieron a dar su voto mayoritario a los señoritos, dejando rezagados a socialistas y comunistas. El espaldarazo dado a Suárez y su

partido significa que los intereses creados por cuatro siglos de filipismo y cuarenta años de franquismo seguirán intactos, al menos durante los cuatro años que establece la nueva Constitución. Cabe reconocer que ninguno de los grandes partidos ame-

nazaba con modificarlos. El disfrute de libertades externas, como en tiempos de Maura y Romanones, llena las inmediatas aspiraciones de ese español chapado a la antigua.

¿Acaso ha evolucionado España durante los dos años de Gobierno santificados por la mayoría del voto popular hacia un nivel cultural o económico semejante al de los países desarrollados? ¿Han conseguido Suárez y su equipo erradicar el palurdismo que aqueja desde antaño a casi toda la sociedad española? Según las noticias que nos llegan a California, España sigue siendo un país pobre y atrasado, pese a sus innegables progresos en los últimos quince años. Los periódicos norteamericanos siguen incluyéndola en el grupo de naciones indigentes de la Europa Occidental, junto a Portugal, Grecia y Turquía. La distribución de la riqueza en la Península sigue siendo desproporcionada a su población; sigue habiendo analfabetismo; su industria no puede aún rivalizar con las del Mercado Común, que sólo teme a sus productos agrícolas; su economía es incapaz de absorber a los millares de obreros y campesinos españoles que emigran cada año al centro de Europa en busca de mejores condiciones de trabajo, y sus Gobiernos siguen recurriendo a los préstamos internacionales para subsistir. España es una dependencia de las grandes potencias industriales y muy especialmente de los Estados Unidos, que aún mantiene en su territorio sus bases militares.

De ahí que desde la lejana California no podamos explicarnos por qué la mayoría de los electores españoles hayan depositado su voto para que continúe ese estado de cosas, incluido el exacerbamiento del nacionalismo vasco con su trágica secuela, tumor engendrado por la intolerancia de la política filipista. ■

## EL FILIPISMO SIGUE LATENTE

Alvaro Custodio

sin embargo, aquel régimen apenas si se propuso quebrantar con su Reforma Agraria la estructura económica y social heredada de la Monarquía.

A título comparativo diremos que el conservadurismo medular de la gran mayoría del pueblo norteamericano se justifica por el alto nivel de su clase media y trabajadora, ya que en una gran proporción son propietarios, accionistas o clientes de las innumerables Cajas de Ahorros distribuidas por todo el país. Algo parecido sucede en los otros pueblos altamente industrializados —Alemania, Francia, Inglaterra, Japón—, pero en ninguno como en los Estados Unidos el electorado se muestra invariable en la selección de candidatos de dos únicos partidos tradicionales.

Para un español de los que pudieron escapar al extranjero de la represión franquista al terminar la guerra civil, el proceso democratizante de la España actual es sumamente alentador, aunque llegue con tanto retraso, con tanta sangre derramada y signifique, respecto a la República de 1931, un retroceso. Con una Ley Electoral arcaica y excluyente, los españoles que pudieron votar en 1977 repudiaron a los monstruos sagrados del franquismo, pero eligieron por mayoría a los hijastros del filipismo, agrupados precipitadamente en un nuevo partido alrededor del improvisado y joven político conservador Adolfo Suárez. Los partidos socialista y comunista que representaban por derecho propio la oposición al filipismo —los republicanos fueron excluidos— no pudieron alcanzar en votos a los herederos de los partidos dinásticos alfonsinos.

A los dos años de Gobierno compuesto íntegramente por quienes en España han sido siempre tildados por el pueblo de se-